

Misa en observancia del Día Mundial del Enfermo
Catedral Santa María de la Asunción
8 de febrero de 2020

Su Excia. Revma. Mons. Salvatore J. Cordileone

Es ciertamente una feliz ocasión que nos reúne hoy, y estoy feliz y agradecido a todos ustedes por estar aquí, y especialmente a nuestros sacerdotes que se han unido a nosotros hoy. Gracias por estar con nosotros. Por supuesto, el Padre Art Albano, rector de la Catedral Santa María, el Padre John Piderit, moderador de la Curia en la oficina de la Cancillería, el omnipresente Padre Larry Goode, párroco de San Francisco de Asís en East Palo Alto, el Padre Michael Strange para quien la palabra “jubilado” es un nombre poco apropiado —aunque oficialmente jubilado sigue siendo muy activo— y el Padre Andrew Ginter, un capellán de la Escuela Secundaria Católica de Marin. Así que gracias a todos por unirse hoy y concelebrar esta misa.

Ocurre en esta época del año en la vida de la Iglesia, cuando sentimos como que hemos “doblado la esquina”, hemos pasado toda la fase de la temporada de Navidad y las celebraciones reflexionando sobre el misterio de la encarnación, todo lo cual nos lleva a la Fiesta de la Presentación del Señor en el templo que celebramos el domingo pasado. Y ahora el enfoque cambia y empezamos a anticipar la Cuaresma; la Cuaresma está a punto de llegar. La Cuaresma, por supuesto, está marcada por prácticas espirituales y devocionales especiales; en particular una que apreciamos mucho es rezar el Vía Crucis. Siempre reflexiono cuando se trata de las meditaciones sobre las Estaciones del Vía Crucis de San Juan Pablo II, meditaciones que él dio en una celebración del Vía Crucis que hizo en el año 2000.

En particular, su meditación en la sexta estación: Verónica limpia el rostro de Jesús y su rostro queda impreso en el velo. Él hablaba de cómo esto es simbólico para cada verdadero acto de caridad. Todo verdadero acto de caridad deja la impresión del rostro de Cristo. Como él decía: “Cualquier gesto de bondad, de comprensión y de servicio deja en el corazón del hombre una señal indeleble, que lo asemeja un poco más a Aquél que ‘se despojó de sí mismo tomando condición de siervo’”.

Es un acto de caridad que motiva a nuestro Señor a realizar su primer milagro, o usando la palabra de San Juan para referirse a ellos, como signos, signos porque son una realidad física que apuntan a algo más grande. Aquí, su primer signo en la fiesta de las bodas de Caná. Un acto de caridad para esta pobre pareja en esta embarazosa situación de quedarse sin vino. Y como dice Juan: “Esto que hizo Jesús en Caná de Galilea fue el primero de sus signos”. Ese fue el principio de los signos de Jesús: este “principio”, esa palabra “principio”, se encuentra adecuadamente en el principio del evangelio de San Juan, cuando habla de que en el principio era la Palabra y la Palabra estaba con Dios y la Palabra era Dios. El prólogo de su evangelio habla de la gloria eterna que es del Señor, la segunda persona de la Santísima Trinidad. Y aquí habla de nuevo de “principio”, haciendo el vínculo de que está comenzando a manifestar esa gloria aquí en nuestro mundo, en nuestro mundo de espacio y tiempo.

Y lo hace en las circunstancias más ordinarias de la vida; en un banquete de bodas. Siempre es así. Él revela su gloria de esta manera, en las circunstancias más ordinarias de la vida. Pero

necesitamos ojos de fe para ver. Pero él nos ayuda. Nos ayuda; una indicación también en esta historia de Caná. Juan dice que hubo una boda en Caná de Galilea y que la madre de Jesús estaba allí. María estaba allí al principio cuando Dios irrumpió en este mundo por la encarnación de su hijo en su vientre, y está aquí de nuevo al principio, cuando él comienza a manifestar su gloria en su vida pública, y estará allí hasta el final, al pie de la cruz. Acompaña a su hijo todo el camino, y lo hace por nosotros. Ella nos acompaña, para ayudarnos, con el don de la fe, a ver su gloria. Pero para hacerlo, debemos usar bien todos nuestros dones. Debemos usar nuestros dones con fe si queremos vislumbrar esta gloria.

Citaré una vez más al Papa Juan Pablo II en la homilía que él pronunció en la misa en Lourdes en la solemnidad de la Asunción, el 15 de agosto de 2004, donde habló de esto. Dijo: “La Virgen de Lourdes tiene un mensaje para todos”. Luego, dirigiéndose a la asamblea, dijo: “Sed mujeres y hombres libres. Pero recordad: la libertad humana es una libertad marcada por el pecado. Ella misma necesita también ser liberada. Cristo es su liberador, Pues para ser libres nos ha liberado. La libertad es uno de los grandes dones que Dios nos ha dado, pero debe ser usada bien, si queremos ser verdaderamente libres. Debe ser usada para compartir el amor de Dios con aquellos que el mundo ignora, que el mundo encuentra de poco valor y tal vez incluso descarta”. Como diría el Papa Francisco, su frase bien conocida y muy conmovedora y apta, esta “cultura de usar y tirar” en la que vivimos.

Compartir el amor de Dios, usando nuestra libertad para compartir el amor de Dios, poniendo el amor en acción: eso es la caridad, y es precisamente allí donde se encuentra el rostro de Cristo. Es precisamente allí donde vemos su gloria. La historia de Verónica nos enseña esto. Verónica, “vera-icon”, el verdadero icono. El verdadero icono de Cristo, la verdadera representación de su rostro es Lourdes. Lourdes es el verdadero icono por excelencia, no Lourdes simplemente en el sentido del lugar geográfico, sino en el sentido del lugar espiritual cuando llevamos a Lourdes a nuestra vida cotidiana.

María siempre está ahí para ayudarnos como lo estuvo en Caná, para ayudar a esa pobre pareja en la situación embarazosa, suplicándole a su hijo. Así que está allí en Lourdes para revelar la gloria de su hijo a una joven humilde campesina, y continúa haciéndolo. Ella continúa ayudándonos, acompañándonos, para que, a través de la caridad de poner nuestro amor en acción, que es la caridad de su hijo, él pueda continuar obrando, sanando espiritual y físicamente.

Ella está con nosotros para ayudarnos a ver la gloria de su hijo cuando damos cabida a Lourdes en las circunstancias ordinarias de nuestra vida. Eso es lo que hacen ustedes como miembros de la Orden de Malta. Ustedes traen a Lourdes aquí. Lourdes no es sólo un lugar físico en Europa. Lourdes existe donde le damos cabida, poniendo en acción el amor de Cristo donde podemos realmente ver su rostro, para aquellos que el mundo ignora y descarta. Gracias por el amor de ustedes a la gente especial de Dios. Gracias a ustedes por ayudarnos a ver el rostro de su hijo.

Concluiré con las palabras que San Juan Pablo II concluyó esa homilía en Lourdes hace más de 15 años. “Queridos amigos, sabemos que para esto podemos contar con Aquella que, al no haber cedido jamás al pecado, es la única criatura perfectamente libre. A ella os encomiendo. Caminad con María por las sendas de la plena realización de vuestra humanidad”.

